

vidad; será el Profeta de la Ley Nueva que escribe con terribles expresiones de su lenguaje las visiones trágicas del Apocalipsis.

Y nos lo muestra Salzillo, viril y tierno a la vez; enérgico y dulce; piadoso y fuerte; lleva un volcán en la cabeza y un manantial cristalino de amor en el corazón. Así habla a las multitudes el arte español de la imaginería religiosa desde el siglo XVI al XVIII.

Advierto que he llegado de pronto a la expresión decisiva, a la causa del anatema, al gran estigma de Murcia y de Salzillo. El juicio exclusivista, total, cae sobre el siglo XVIII y lo abruma con su execración. En el siglo XVIII se ahila y depura aquel maldito germen de soberbia que el humanismo renacentista engendró, y que no fué patrimonio del infierno en sus inicios porque estaba todavía el mundo saturado de las esencias espirituales medievales, y el Cristianismo se incorporó a los valores renovados y los impregnó de sí mismo, y los encendió como antorchas de su apostolado; pero al rodar del setecientos, la Francia intelectual cultiva focos del pecado más horrendo, el de la inteligencia, y los va proyectando sobre el Mundo como una aurora alucinante de horror. A España llega esa luz y agosta el genio nacional, y crea una vida falsa al dictado del filosofismo, y un saber fermentado en las páginas de la Enciclopedia, y finalmente, una orientación jurídica que derivará hacia el caos en los Derechos del Hombre. Y se extingue la llama del pensamiento genuinamente español, se adulteran las costumbres, se desvirtúa la piedad y se empieza la gran conspiración del Anticristo, para cooperar en el enorme crimen internacional que asesta su golpe con alevosía volterriana sobre uno de los miembros colectivos más egregios de la Iglesia de Roma.

Todo eso es cierto, y de que lo es, da fe la Historia de los días recientemente extinguidos, herederos de aquellos otros en que descendió a la calle el perfume envenenado de la *ilustración*.

